

21. RESUCITADO, PERO ¿CÓMO?

Afirmado el hecho, se pasa al “cómo resucitan los muertos”. Para el pensamiento platónico divulgado por la filosofía popular helenística, el alma vive en el cuerpo como sepultada en una tumba: el cuerpo, σῶμα, es una sepultura, σήμα. O como una perla guardada en su concha. Sin el alma, el cuerpo no es nada, no es más que una sombra que nos sigue. Pablo mantiene la visión unitaria o sintética entre cuerpo y alma: el cuerpo sepultado es como la semilla que se prolonga en la espiga. Hay un cuerpo material y un cuerpo espiritual, esto es, un cuerpo transformado por el Espíritu de Dios.

Esta glorificación del cuerpo transformado por el Espíritu responde a una condición propia de la fe judaica según la mentalidad del Antiguo Testamento. La justicia divina no se realiza únicamente en el interior de la persona ni en un juicio de almas, sino que tiene que ver con la suerte material del mundo. La resurrección al final de los tiempos tendrá en perspectiva el restablecimiento de una justicia que devuelva a las víctimas de la injusticia humana lo que la maldad humana les quitó. Los cuerpos martirizados, torturados, han de recibir una justicia que sea compensación de lo que la violencia les arrebató, de aquello de lo que se vieron privados en vida. Cuando Pablo afirma que “el último enemigo en ser destruido será la muerte” (1 Corintios 15,26), se refiere a quienes por una muerte violenta se vieron privados del disfrute de la vida que al nacer tenían asegurado por principio. “Para el judío y fariseo Pablo, la justicia divina versaba necesariamente sobre cuerpos transfigurados en una tierra transfigurada” (Crossan-Reed, *En busca de Pablo*, p. 411).

Pablo distingue un “cuerpo psíquico”, σῶμα ψυχικόν, y un “cuerpo pneumático”, σῶμα πνευματικόν. Es una expresión que ha de entenderse en relación con la imagen del Adán primero, “ser viviente”, ψυχὴ ζῶσα, y el último Adán, “espíritu vivificante”, πνεῦμα ζωοποιοῦν. No fue primero lo espiritual, sino lo material. “El primer hombre, que proviene de la tierra, es terreno; el segundo hombre es del cielo ... Y lo mismo que hemos llevado la imagen del terreno, llevaremos también la imagen del celestial” (1 Corintios 15,45-49).

El contraste entre un cuerpo “psíquico” y un cuerpo espiritual, “pneumático”, es uno de los conceptos más difícil de entender y actualizar dentro del pensamiento paulino. Tuvo que chocar de plano con el pensamiento de los corintios y sigue enfrentando a los intérpretes de Pablo. Sin duda los antiguos corintios sabían distinguir entre la realidad material y espiritual. Pero no marcaban la diferencia entre lo físico y lo no físico en los términos en que lo hace el pensamiento occidental moderno. Este pensamiento tiende a distinguir entre físico y no físico como una distinción similar a la habitual entre natural y sobrenatural, la cual, sin embargo, no se corresponde ni con el pensamiento antiguo en general ni con el de Pablo.

En 1 Corintios 2,14-15 se dice que la persona psíquica, ψυχικὸς ἄνθρωπος, no percibe las cosas del espíritu, que han de ser discernidas espiritualmente; en cambio la persona πνευματικός lo discierne todo. Una distinción semejante en Judas 19 calificando “a la gente burlona”, sembradores de discordias, “animales, ψυχικοί, que no tienen espíritu”. Igualmente en Santiago 3,15: la envidia amarga y la rivalidad no proceden de la sabiduría que viene de lo alto, ἄνωθεν, sino que es terrena, animal y diabólica, ἐπίγειος, ψυχική, δαιμονιώδης. “Psíquico” indica el plano de la vida humana común, que participa de la condición corruptible de toda la creación y por eso puede ponerse en relación con σάρκινος o σάρκιος (1 Corintios 3,1, también en oposición a πνευματικός. Los carismas, πνευματικά, en 1 Corintios 12, no se entienden como espirituales en el sentido de que no son físicos, pues en la mayoría de los casos se trata de la presencia del Espíritu sobre la realidad física propia, como es el caso de las sanaciones o de palabras inspiradas. Se trata de dones que consienten al cuerpo humano realizar acciones que por sí mismo no podría realizar. Una persona animada por el Espíritu refleja al exterior esa presencia como “alegría, paz, afabilidad, lealtad, modestia, dominio de sí” (Gálatas 5,22-23).

El significado del término *psyché* es muy amplio sobre todo para quienes, como Pablo, estaban influidos por la traducción griega del Antiguo Testamento llamada de los Setenta. Además del significado de “alma”, con frecuencia expresa la vida humana ordinaria, en contraste con una vida guiada o animada por el Espíritu. El problema está en que nosotros no entendemos “psíquico” del mismo modo que Pablo. Nosotros utilizaríamos el término “anímico”. En las primeras ediciones de la Biblia de Jerusalén se traducía: “el cuerpo, cuando es sembrado, corporeiza el alma; cuando es resucitado corporeiza el espíritu”.

El uso del griego *koiné* da un sentido concreto al adjetivo πνευματικόν, que no indica aquello de lo que alguna cosa se compone sino lo que anima a alguna cosa. Aristóteles se refiere a las *hysterai pneumatikai*, vientres llenos de aire; Vitruvio (siglo I a.C.) habla de un *pneumatikón organon*, una máquina movida por el viento.

Es posible que los corintios se considerasen ellos mismos *pneumatikoi*, que habían dejado atrás la categoría de los solamente *psychikoi*, esto es, personas que se movían en el nivel de lo meramente humano. Para Pablo son quienes, lejos de estar animados por el *pneuma*, están dominados por una jactancia «superespiritual», que les ha llevado a imaginar que no puede darse una resurrección corporal. Si tuvieran conocimiento correcto de la idea de Dios, aceptarían que el destino de la persona animada por el Espíritu de Dios es ser resucitado a una nueva vida corporal. El Espíritu del Dios vivo, que ahora habita en nosotros, dará vida también a nuestros cuerpos mortales.

Pablo afirma que los muertos tendrán por la resurrección un σῶμα πνευματικόν, un cuerpo animado por el Espíritu. De modo que, igual que existe un cuerpo animado por el

aliento normal de vida, también existe un *σῶμα πνευματικόν*, un cuerpo animado por el Espíritu del Dios vivo. Es el cuerpo que ha comenzado a existir en Jesús Resucitado y que será el modelo de los nuevos cuerpos que participen de la Resurrección.

El capítulo 15 de 1 Corintios termina con una celebración de la resurrección de los difuntos a la que Pablo, uno más entre los que se encontrarán vivos en aquel momento, espera poder asistir, aunque dejando su estado corporal presente para ser transformado en el estado requerido para el futuro de Dios: “los muertos serán resucitados incorruptibles; y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15,52). Esta idea aparece también en Filipenses 3,21: “Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso”.

La victoria sobre la muerte implica la acción del Dios vivo también sobre el cuerpo, el cual no ha de ser abandonado, sino transformado. No hay victoria si a la muerte se le concede el dominio sobre el cuerpo, dejando que el alma se libere de la corrupción. Cómo se verificará esta victoria es un “misterio” (1 Corintios 15,51), una visión del futuro escatológico de Dios: va a surgir un mundo en el que la muerte como tal quedará destruida. Será una nueva creación tanto para quienes vivan en aquel momento como para quienes ya han muerto. Pablo no admitía una resurrección de la humanidad física tal como existe ahora. Quienes vivan cuando llegue la hora de la resurrección deberán ser transformados según el modelo de la existencia gloriosa a fin de participar ellos también de la condición de resucitados. Como el momento de la resurrección será único para todos, quienes en aquel momento estén vivos no pasarán por un estadio intermedio, sino que, transformados según el modelo glorioso, gozarán de la condición de resucitados.

Fiel a la interpretación farisea de la resurrección, Pablo pensaba que el cuerpo de Jesús no había quedado abandonado en la tumba ni había experimentado solamente una resucitación temporal (lo cual suponía regresar a una vida más o menos idéntica que debería afrontar la muerte en el futuro). Resucitado, Jesús “ya no muere más, la muerte ya no tiene dominio sobre él” (Romanos 6,9), porque fue transformado con un acto de nueva creación en virtud del cual había dejado de ser corruptible.

Pablo no se ocupó de lo que pudo suceder con el cuerpo de Jesús, como hizo posteriormente 1 Pedro 3,18-20: “muerto en la carne, pero vivificado en el Espíritu; en el espíritu fue a predicar incluso a los espíritus en prisión, a los desobedientes en otro tiempo, cuando la paciencia de Dios aguardaba, en los días de Noé, a que se construyera el arca”. Pablo probablemente creía que, en Pascua, el «cuerpo mortal» de Jesús quedó «tragado por la vida», una vida corporal nueva en continuidad, pero también en discontinuidad (inmortalidad en vez de mortalidad) con la precedente (Wright, *La resurrección del Hijo de Dios*, p. 461). El cuerpo de Jesús “tragado por la vida” es la confirmación de la victoria sobre la muerte, absorbida, *κατεπόθη*, de *καταπίνω* (“tragar”, “deglutir”) en la victoria (1

Corintios 15,54, con referencia a Isaías 25,8, “aniquilará la muerte para siempre” y Oseas 13,14).

El razonamiento de Pablo se mantiene en los límites del pensamiento judío de su tiempo, con los matices del pensamiento fariseo y la escatología contemporánea. En esta visión judía Pablo introdujo la creencia de una resurrección en dos fases, primero la del Mesías y, luego, al llegar la parusía o segunda venida de éste, de todo su pueblo. La resurrección sería resurrección de los cuerpos, pero transformados. “El cuerpo actual es corruptible, decadente y está sometido a la muerte; pero la muerte, que escupe a la cara del buen Dios creador, no puede tener la última palabra” (Wright, o.c., p. 463). El Creador hará un mundo nuevo y nuevos cuerpos adaptados a la nueva era.

La resurrección puede entenderse también en sentido metafórico no sólo para indicar la renovación del ser humano interior, sino también la restauración futura de Israel. Nada que ver con el sentido gnóstico de una experiencia espiritual con matices dualistas. Era más bien la experiencia de una vida cristiana entre la resurrección de Jesús como punto de partida y la tensión hacia la resurrección final de todos los creyentes, actualizada ya por la acción del Espíritu Santo en la vida presente.

Pablo dio forma y modificó la creencia judía en la resurrección a partir de la resurrección de Jesús, hecho del que Pablo y los cristianos de su tiempo estaban plenamente seguros. La presencia vital del Espíritu Santo en los fieles era garantía de la resurrección futura, que daría a los creyentes resucitados un cuerpo nuevo. Pablo rara vez aborda la cuestión de lo que sucedió exactamente el día de Pascua, en qué consistió la resurrección de Jesús. Pero como la resurrección de Jesús sirve de modelo para la resurrección futura y para la actualización de la resurrección en la vida presente, podemos deducir que la resurrección de Jesús fue más que una mera resucitación. “Era una vida en la cual la corruptibilidad de la carne se había dejado atrás; una vida por la cual Jesús en lo sucesivo se encontraría a gusto en las dos dimensiones de la buena creación, tanto en el «cielo» y como en la «tierra»” (Wright, o.c., p. 389s, aquí 390).